

Gabriel TORTELLA, *Los orígenes del siglo XXI. Un ensayo de historia social y económica contemporánea*, Madrid, Gadir, 2005, xvi + 562 pp.

El último libro de Gabriel Tortella es una historia económica del mundo desde mediados del siglo XVIII hasta la actualidad, con una gran sensibilidad política. La componente social que el subtítulo anuncia está relativamente poco presente, pero, en cambio, hay un filón de atención a la historia política, importante. El libro, escrito y editado para el gran público, también es utilizable como texto para estudiantes universitarios que siguen cursos introductorios de historia económica o de historia contemporánea. De hecho, es muy probable que éste sea su origen inmediato: la docencia de historia económica mundial por parte de Gabriel Tortella.

El libro, ameno y muy bien escrito como todos los del autor, está fuertemente vinculado, como no podía dejar de ser, a sus obras precedentes. En efecto, la parte más sugerente e innovadora, a la que vez que la más polémica, es continuación de su libro sobre *La revolución del siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia* (Madrid, Taurus, 2000). El hilo argumental básico, en cambio, trata del desarrollo económico del mundo contemporáneo y puede relacionarse legítimamente con su *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX* (Madrid, Alianza, 1994). Para los conocedores de toda la obra de Gabriel Tortella, hay una explícita resonancia del título de su primera gran obra –*Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX* (Madrid, Tecnos, 1973)–.

En *Los orígenes del siglo XX*, el autor se interesa básicamente por las grandes preguntas de la historia económica: ¿qué causa el crecimiento económico? ¿por qué hay países que han crecido tanto y otros tan poco? ¿qué factores se oponen al crecimiento económico? Por este motivo el libro es básicamente una historia económica. Pero, al contestar esas preguntas, Gabriel Tortella moviliza muchas causas políticas, y eso le lleva a detenerse y a extenderse en la historia política. Para todos los que se acercan a la historia económica buscando las causas de la actual riqueza y pobreza de las naciones (puesto en palabras del famoso libro de David Landes, resonancia a su vez del aún más famoso de Adam Smith), la referencia a la política no exige ninguna justificación. Pero no es habitual. Se han escrito muchas historias económicas del mundo contemporáneo que han dedicado muy poca, si no nula, atención a los factores políticos, tanto como causa que como consecuencia del desarrollo económico. Tortella combina un hilo conductor tecnológico –el cambio tecnológico está presente a lo largo de todo el libro– con otro que se sitúa en la interacción del desarrollo político con la política económica. Como en *La revolución del siglo XX*, la

difusión de la democracia y sus consecuencias económicas constituyen un potente hilo conductor de buena parte del libro. Las “revoluciones mundiales” a las que hace referencia son, en lo esencial, grandes momentos en la difusión del gobierno representativo, primero, y del sufragio universal y sus consecuencias redistributivas, después.

El libro está organizado en catorce capítulos, de dimensión bastante variable. Sus títulos son expresivos y atractivos: El triunfo de Europa; La I revolución mundial; La revolución industrial; Un siglo de orden y progreso; División del trabajo y lucha de clases; *La Belle Époque*; La II revolución mundial; Guerra y democracia; Depresión y totalitarismo; Un nuevo orden socialdemócrata; El mundo comunista; La emergencia del tercer mundo; Un capitalismo renovado; y el último: ¿Un sombrío siglo XXI?, que es recapitulación y conclusión.

En “El triunfo de Europa”, el autor resume las causas de largo plazo explicativas de que Europa fuera, en torno a 1750, el continente más avanzado del mundo. Aunque comienza con la revolución neolítica, dedica más atención a los orígenes medievales y, aún más, evidentemente, al prolongado ascenso de Holanda, primero, e Inglaterra, después. “La I revolución mundial” es un atractivo segundo capítulo dedicado a la revolución “atlántica” (en realidad, la holandesa y la inglesa), la revolución “norteamericana”, la revolución “europea” (la francesa y sus precedentes y concomitantes) y la revolución “iberoamericana”. Los grandes acontecimientos políticos de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX quedan englobados magistralmente en una consideración unitaria de la que se excluye, a sabiendas, la revolución industrial. Según Tortella, ninguna de las revoluciones descritas en el capítulo guardan relación con ésta. Para remachar el clavo, le dedica un capítulo distinto –el tercero y más breve, de 17 páginas–. Trata de los cambios tecnológicos en la industria algodonera y siderúrgica, de la invención y difusión de la máquina de vapor y de los cambios en la industria química: el núcleo duro de la innovación tecnológica de esos años a caballo de los siglos XVIII y XIX. El cuarto capítulo –“Un siglo de orden y progreso”– trata del siglo XIX. Sus contenidos abarcan la revolución agraria, las mejoras introducidas en la seguridad jurídica, el despliegue sostenido del progreso técnico (ahí se ocupa ampliamente de los ferrocarriles) y su impacto en el desarrollo económico, los cambios en el comercio y el auge del libre comercio, la difusión del patrón oro y las transformaciones del sistema bancario y financiero. Gabriel Tortella resume con brillantez un campo de conocimientos que ha cultivado con asiduidad a lo largo de toda su carrera. Para los que estamos familiarizados con su obra, no hay sorpresas. Para los que lo lean por primera vez, es un texto de gran nivel.

Hasta aquí, la historia económica ha sido netamente dominante. El quinto capítulo es la primera incursión en la historia social: “División del trabajo y lucha de clases”. Recorre el impacto del crecimiento económico sobre el cambio demográfico y social, el debate sobre la mejora de las condiciones de vida y la emergencia de la lucha de clases. En el último apartado resume el pensamiento económico y social del siglo XIX, así como los grandes movimientos políticos y sociales orientados a la mejora de las condiciones de la clase obrera. En el sexto capítulo –“*La Belle Époque*”– parecería que Gabriel Tortella se quisiera centrar en los años primiseculares (1901-1913), pero no es exactamente así. Antes de llegar a este punto hay un subcapítulo de 37 páginas dedicado a los “seguidores y descolgados”. Un título ya clásico en cualquier estudio de la industrialización y el crecimiento económico en el siglo XIX largo. Después de haber dedicado mucho espa-

cio a los cambios acaecidos en Inglaterra y, por extensión, en Gran Bretaña, Gabriel Tortella vuelve la mirada al resto del mundo. Bélgica, Suiza, Francia, Alemania, Suecia, Dinamarca, Estados Unidos y Japón son los casos nacionales analizados desde esta perspectiva de difusión, imitación y recuperación de distancias que ha caracterizado los análisis de la industrialización en el siglo XIX. Su selección, que él justifica, es algo discutible por las ausencias, pero es indiscutible por las presencias. Quizá hubiera sido más clarificador dedicarle un capítulo propio a esta temática. El resto está dedicado a los temas propios de finales del siglo XIX y principios del XX: la mejora indiscutible de los niveles de vida y de bienestar, la crisis finisecular (la depresión agraria y el giro proteccionista en buena parte de Europa), el auge del nacionalismo y del imperialismo y los avances de la democracia. Como se puede ver, mezcla problemáticas económicas, políticas y sociales. Su diagnóstico del imperialismo es matizado: no puede ser explicado satisfactoriamente por causas económicas, aunque las hubo. Sólo el nacionalismo explica adecuadamente las pulsiones imperialistas de los estados europeos y extraeuropeos ya industrializados. La combinación de potencia económica y ambición nacional propulsó el imperialismo. La única justificación “ex post” del imperialismo reside, según el autor, en que ayudó a las mayores potencias imperiales a resistir y vencer en las dos guerras mundiales del siglo XX. Como el mismo Gabriel Tortella subraya, es un triste consuelo. A la vista de sus conclusiones parciales, es curioso que no dedique más espacio a los éxitos de la crecientemente integrada economía internacional de la época. La menciona repetidamente, pero no estructura ninguna explicación en torno a ella. Concluye el capítulo recordando atinadamente los importantísimos avances que se realizaron en la generación anterior a 1914 en lo que concierne a la difusión de la democracia. Los progresos del sufragio universal masculino y los correlativos avances de una nueva pauta de gasto público más orientado a la previsión social reciben su merecida atención.

El séptimo capítulo –“La II revolución mundial”– es la bisagra entre la primera y la segunda parte de la obra. Efectivamente, aunque no estén explicitadas, hay dos partes. La primera cubre hasta la Primera Guerra Mundial y la segunda, a partir de 1914. Este capítulo reflexiona sobre los cambios que se producen entre la primera y la segunda etapa. En “el orden liberal burgués” recapitula los rasgos básicos del sistema político, económico y social del siglo XIX. En “el orden socialdemócrata” caracteriza los del mundo que, comenzando en 1914, avanza y retrocede violentamente a lo largo del período de entreguerras, y que será el mundo que finalmente se consolidará una vez acabada la Segunda Guerra Mundial. Subraya el protagonismo de Keynes a la hora de diagnosticar los nuevos problemas y proponer soluciones globales, y comienza a apuntar un diagnóstico sobre la emergencia del comunismo y de los fascismos. En “el mundo de hoy” insiste en que el mundo contemporáneo es hijo del nuevo orden socialdemócrata. El resto del capítulo, en cambio, explica con detalle el papel de la “ciencia y técnica en el siglo XX”. De nuevo el cambio tecnológico asume protagonismo, recordando cómo su intensidad ha permitido superar muchos conflictos distributivos gracias a espectaculares incrementos de productividad y/o a no menos espectaculares aumentos de bienestar.

El hilo cronológico se recupera en el capítulo octavo –“Guerra y democracia”–. Las nuevas tendencias apuntadas en el capítulo precedente ahora se van desgranando con detalle temporal. En “la I Guerra Mundial” explica la importancia y significación de las transformaciones acaecidas en esos años cruciales y a menudo olvidados en los textos de

historia económica, así como sus consecuencias de más largo plazo, como el mayor papel de los sindicatos en la vida política y la entrada masiva de la mujer en actividades económicas que antes parecían reservadas a los hombres. En “la revolución comunista” analiza con detalle la revolución rusa y sus primeros pasos hasta la consolidación del régimen bajo la dirección de Stalin. Su visión del nuevo régimen bolchevique es enormemente crítica y no deja lugar para ninguno de los romanticismos que habían enaltecido los años cuando gobernaba Lenin, distinguiéndolos de los de Stalin. Para Gabriel Tortella, todas las monstruosidades del régimen soviético aparecen desde los primeros meses de la revolución y se irán agudizando con el paso del tiempo. En el original apartado siguiente –“la revolución democrática”– el autor defiende que la protagonista de la revolución democrática fue Alemania –la Alemania de Weimar–. Resume las tensiones políticas, económicas (las reparaciones y la hiperinflación) y sociales de la Alemania de 1919 a 1933. Sigue con los cambios en Gran Bretaña, Francia, Suecia y en el resto de la Europa occidental y oriental, así como en los estados herederos del Imperio Otomano, acabando con los Estados Unidos. En todos ellos subraya la difusión del sufragio universal –la democratización–, el cambio en las pautas del gasto público en una dirección más social, y la dificultad por mantener el equilibrio político en este nuevo contexto. Las dificultades son máximas en los nuevos estados que se crean en el centro y este de Europa.

El capítulo siguiente –“Depresión y totalitarismo”– es con mucho el más largo (noventa páginas) y seguramente el más importante del libro. Comienza tratando los problemas económicos del mundo a lo largo del período de entreguerras: “la vuelta al patrón oro”, “el fin de la inflación”, “los problemas de la vuelta al patrón oro en Europa Occidental y en América Latina”, “la quiebra del patrón oro”, “la gran depresión, y “la lucha contra la depresión”. Tal como los títulos de los subapartados demuestran, en conjunto estas cincuenta páginas constituyen una historia económica del mundo de entreguerras. Como en otros apartados, el dominio que el autor tiene de la materia le permite construir una síntesis excelente, muy al día en términos de los últimos avances investigadores en historia monetaria. Seguramente hubiera sido conveniente para el lector separar estos apartados y dotarles de una unidad en el conjunto del libro. En mi opinión, la visión que transmite Gabriel Tortella es muy acertada y de alto nivel académico. La gran novedad es el apartado siguiente, extremadamente ambicioso y prolijo: “el triunfo del totalitarismo”. En unas treinta páginas, Tortella estudia e interpreta el auge y difusión del fascismo en Italia Alemania, España, Portugal y Europa oriental. Tortella se adhiere a la interpretación de Ernst Nolte, muy criticada en su día por revisar radicalmente el consenso historiográfico de la época, pero que ha ido ganando adeptos tras la caída de la Unión Soviética. Los varios fascismos serían las reacciones políticas defensivas ante el auge de la amenaza bolchevique. La intensidad y virulencia del fascismo sería tanto más fuerte cuanto más amenazante fuera el comunismo. Tortella matiza la afirmación, al entrelazar la reacción anticomunista con la reacción antisocialdemócrata, y al asignar mucha importancia al relativamente bajo nivel de desarrollo económico de los países que más sufren la experiencia fascista (con la excepción de Alemania que, en cambio, sufre de un empobrecimiento agudo durante los años posteriores a la guerra). Las políticas que amenazaban con fuertes redistribuciones de la propiedad y del ingreso fueron vistas como extremadamente peligrosas por las clases pudientes y por amplios sectores de las clases medias. Al salir del terreno de la historia económica, pudiera ser que algunos de los casos

nacionales que analiza no proporcionen interpretaciones plenamente satisfactorias para los lectores. Tortella continúa con “la II Guerra Mundial”. Aún siendo una síntesis muy apretada, es un apartado muy de agradecer, pues suele estar ausente de la gran mayoría de historias económicas.

En el décimo capítulo –“Un nuevo orden socialdemócrata”– vuelve al discurso de historia económica. Tras una rápida evocación de la “reconstrucción”, se entretiene en la “sopa de letras”, que no es más que el conjunto de instituciones de cooperación económica internacional o intraeuropea (llegando hasta la CEE y la EFTA) creadas después de la Segunda Guerra Mundial. Sigue con “el milagro keynesiano”, una presentación quizá algo superficial del periodo de altísimo crecimiento que siguió a la reconstrucción posbélica. Keynes, que ya protagonizó apartados anteriores, vuelve a representar el núcleo fundamental del pensamiento y la política que sustentará el nuevo orden socialdemócrata. El capítulo concluye con unas breves referencias al Tercer Mundo y a la ayuda al desarrollo. El tema se ampliará más adelante. Antes, dedica un capítulo sustantivo a “El mundo comunista”, con una interesante síntesis de “la era de Stalin” (sobre la nueva política económica –la NEP– y el gran debate sobre su continuidad o no), “los planes quinquenales” (que incluye la industrialización acelerada, la colectivización agraria planificada, y la planificación centralizada), “las “democracias populares”, y “la era del estancamiento” (desde la muerte de Stalin hasta el final de Breznev). Concluye con “la papelera de la historia”, dedicado a la última década de la Unión Soviética y de su área de influencia.

El hilo argumental del mundo en vías de desarrollo se retoma en el duodécimo capítulo –“La emergencia del Tercer Mundo”–. Es un capítulo muy interesante por lo que tiene de ensayo autocontenido sobre las causas y consecuencias del subdesarrollo en el siglo XX. Tortella comienza con una reflexión acerca de “el entorno natural”, en el que discute el determinismo geográfico y climático, concediéndole bastante capacidad explicativa, pero no toda. Su estudio de “las consecuencias del colonialismo” es sugerente. Descarta que el pasado colonial explique el subdesarrollo económico, y resume los costes económicos que el imperialismo supuso para las metrópolis. Afirma algo tan interesante y polémico como que “si queremos comprender las causas del estancamiento económico del Tercer Mundo no las vamos a encontrar en el pasado colonial” (p.444). A continuación revisa la historia de “los inicios de la descolonización” (a raíz del desenlace de la Primera Guerra Mundial) y de “la independencia” (a raíz del desenlace de la Segunda). Al final de este apartado Tortella afirma que el caso español ofrece una clave interpretativa de los fracasos políticos del Tercer Mundo: “la democracia requiere unos ciertos niveles de desarrollo económico y social” (p.457). A continuación nos plantea “la explosión demográfica”, que es un alegato convincente de la importancia dramática que el fenómeno ha tenido para el Tercer Mundo, al sumirlo en un círculo vicioso del que no logra salir. Las carencias educativas son fundamentales, y aún más la distancia entre la educación femenina y la masculina. Si no progresa la primera, falta la condición necesaria para la solución de los problemas del Tercer Mundo. Las nuevas naciones independientes cayeron en “la tentación dirigista”. Los fracasos de China y de América Latina, representada por Argentina, son la base de la interpretación agudamente crítica de Tortella. Escapar de la trampa “dependentista” representó un “duro aprendizaje” que costó muchos años de estancamiento. Ahí, de nuevo, el ejemplo español es mencionado

en diversas ocasiones como ejemplo afortunado de tránsito del dirigismo más intenso a la liberalización económica doméstica e internacional. Los diagnósticos de Tortella sobre las raíces del subdesarrollo y las estrategias para el desarrollo son básicamente liberales en lo económico (que los países ricos comercien libremente con los países pobres), anti-intervencionistas en lo político, y centradas en la importancia de la educación, especialmente la femenina, para romper la carga demográfica y enfocar el crecimiento sostenido a largo plazo.

En el décimotercer capítulo –“Un capitalismo renovado”– resume la evolución del mundo desarrollado desde principios del decenio de 1970. Keynes deja de ser el protagonista y pasa a serlo Friedman. En los términos de Tortella, “renace el modelo clásico”. El ocaso del modelo keynesiano comienza con “el fin de Bretón Woods”, que no es más que el fin del periodo de estabilidad cambiaria internacional que se alcanzó trabajosamente en 1958 con la generalización de la convertibilidad de las divisas europeas, y que murió con la suspensión de la convertibilidad del dólar en oro en 1971. “La crisis del petróleo” enconaría el escenario económico internacional cuando más necesario era disponer de tipos de cambio estables. Los países avanzados no pudieron recurrir a las recetas keynesianas. Ya no había manera de obtener más ocupación a base de estimular el crecimiento de la oferta monetaria. El estancamiento con inflación ofreció una oportunidad para que se atendiera a teorías económicas alternativas. Fue “el triunfo de Friedman”, personalizado en las políticas económicas y sociales de Thatcher en el Reino Unido y de Reagan en los Estados Unidos, y por los fracasos del modelo de industrialización por sustitución de importaciones en buena parte del mundo en vías de desarrollo, muy particularmente en América Latina. Los ejemplos de este continente permiten detectar la importancia de controlar el gasto público y de huir de la tentación inflacionista. Los países que antes supieron controlar la creación de dinero e independizarla del poder político fueron los que primero supieron volver a encontrar la senda del crecimiento. Precisamente, “la unificación monetaria de Europa” es un buen ejemplo de lo positiva que fue esta reacción. La transición a la democracia y a la economía de mercado con propiedad privada en los países del área soviética es el tema del último apartado –“mañana el capitalismo”– del capítulo.

El último capítulo –“¿Un sombrío siglo XXI?”– cierra la obra. “Los éxitos” del crecimiento económico contemporáneo han sido indiscutibles en su magnitud. “Las causas” serían, según Tortella, una combinación de determinismo geográfico, inversión en capital humano, adecuado desarrollo institucional y buena suerte histórica. En “las etapas” Gabriel Tortella rescata la importancia de las grandes revoluciones que ha ido exponiendo a lo largo de la obra, tanto las estrictamente económicas como las políticas. En el último apartado –“los problemas”– GT selecciona la problemática de la pobreza masiva del Tercer Mundo como el principal problema actual de la humanidad. Recuerda que sus orígenes son demográficos (y por lo tanto también educativos y derivados de desigualdades de género) y que, si no se corrigen rápidamente, las consecuencias medioambientales pueden ser devastadoras. En los párrafos finales se arriesga a combinar la interpretación sobre la amenaza demográfica (la pobreza masiva) con la medioambiental (el planeta no puede soportar el creciente esquilmo medioambiental) y con la terrorista, que según él se alimenta del resentimiento de sociedades pobres y muy desiguales que activan el espíritu revanchista antioccidental de jóvenes profesionales de clase media. No todo el mundo

coincidirá en su diagnóstico, pero no hay duda de que Gabriel Tortella se ha empeñado en una explicación global, aunque matizada, de los desafíos de la humanidad en el umbral del siglo XXI.

Algunos pequeños errores de detalle en fechas y siglas no empañan lo que es una síntesis de alto nivel, sugerente y provocativa, totalmente enmarcada en la tradición de la historia económica, pero abierta a nuevas interacciones interpretativas con la historia política.

ALBERT CARRERAS